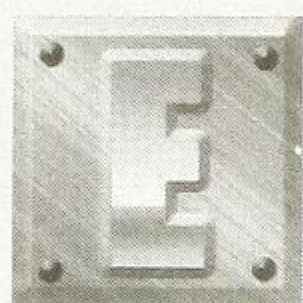


La tinta que me cobija

Para Montse Boix: quien reinventó la sororidad cibernética.

Lydia Cacho



En la llanura de la ausencia hartas veces encontré el milagro de la palabra muda, esa que no ansía pronunciarse para saberse viva.

Cuando aun no sabía que el tiempo era inefable y que la aurora no siempre ilumina a quien mira al infinito con deseo de luz, mis manos ya se sabían propietarias de una forma de ser latifundista de mi voz. Me adueñé de una calamitosa inquietud por llamar a las cosas y las personas por su nombre. Cuando un descalabro era una historia trágica para otras niñas de trenzas y vestiditos de tul, entre las cuatro paredes de mi niñez hallaba refugio en el silencio entre óleos y paredes blancas. La soledad parecía mejor compañera que cualquier humano irascible y engañoso; que la pobreza que mi Madre me mostró en las ciudades perdidas y en los orfanatorios donde la miseria de otras siempre me pareció infinitamente superior a mis dolores impúberes. Mejor la clausura de la alegría babosa, que un padre ausente y una amiga incapaz de comprender y amar a otra diferente sin intentar medirse contra la rareza irremediable de los genes puestos bajo mi piel y entre mi sangre.

Buscando la verdad hallé también la mentira y un rechazo incipiente hacia mi forma de aventar las sílabas sin máscara ni excusa; reclamé el derecho de poner mis pasiones al servicio de una idea y faltaba camino por andar, sin embargo la tinta se refugió entre la fibra del árbol deshojado, y allí se sumó una historia privada que me resguardó de la expectante suerte de ruleta en la que las rebeldes no reciben la bienvenida al paraíso de cabellos largos y buenos modales.

Comencé después a decirme a mi misma que la palabra escrita es la única

que nos salva de desexistir en un mundo plagado de simulación. Descubrí con la misma pasión con que Colón miró la tierra nueva, que en el silencio de la página en blanco iluminaba a mis anchas una existencia triste, y solitaria gozaba más la espera, que la llegada del amor; la idea del varón más que al hombre infantil pedestre y simplón que me rodeaba jugando a la pelota.

En ese entonces, cuando por mi vientre comenzaba a rugir cada luna nueva una hembra desconocida, llena de pasiones, a veces flama y otras infierno, de haber sabido que sólo en el desasosiego de la adolescencia de una principiante de mujer puede dar inicio la construcción de su verdadera existencia, habría mirado con menos recelo el filo del cuchillo y el fondo del mar capaz de llevarse el aliento vivo del cuerpo juvenil... Alfonsina Storni antes de ser poeta me parecía una sabia irremediable, cuantas veces su puerta se mostró como la única salida y luego me vedé a tomarla.

Cuantas veces sin intentarlo escapé a la domesticidad del mito, me negué a cuidar braguetas y a descubrir las emociones en las que tanto se regodeaba el Otelo que primero me dio un beso y más tarde se atrevió a acariciar mis breves botones florecientes.

Mientras la hermana que probó que la sangre no nos une, sino sólo el amor que se cultiva, jugaba a tiranizar pequeños remedos de humanitas con rostro perfecto de porcelana antigua, mis piernas me llevaban corriendo por el césped húmedo buscando un paraíso donde no hubiese pecado sino solo manzanas coloradas. Y lo hallé entre los brazos iluminados de un Juan que cantaba a mi oído poemas

de protesta, que hacía reales las horas de la noche y breves las mañanas apáticas; uno que ascendió por mis cordilleras tibias y yo monté el milagro de su misterio, hallando el balance sagrado de mi alma en el otro masculino. Mas antes de poder nombrar su sonrisa evocando un futuro de cuento happy end, al moreno delgado que me obsequió la aurora dulce de la otredad comprendida y aceptada, la muerte le llegó de tajo y con ella el primer mal poema de dolor y ausencia. Después la vida se me puso al frente como un toro dispuesto a la faena, hallome sin capota como la que otras de mi sexo habían bordado preparándose para la fiesta brava de la vida.

Entre mis manos tomé la pluma nuevamente, y tras el blanco plumaje de la fibra arbórea, hallé el único refugio en donde la mujer que soy y la que otros miran se sabe entera. Así... sin más ni menos, busqué el campanario donde tañer mi vocablo, y en el camino descubrí terceras voces, unas distintas y otras semejantes a la mía, penosamente frágiles y astutamente poderosas. Desde entonces en la tinta cobijo la soledad que me persigue y que me es imprescindible para hallar la verdad entre tanta mentira que cultiva la postmoderna incomunicación del mundo. Hallé en la palabra escrita la libertad, en la libertad el yugo, y en la obsesión por la congruencia entre lo dicho y lo hecho, el suelo fecundo que sombrío y melancólico me mantiene viva, que me acerca a las otras mujeres que como yo, saben que Utopía no es palabra hueca, sino espacio pleno para las mujeres y lo hombres que rechazan la violencia y añoran el amor que es cobijo y virtud para crecer.